

## LA PRÁCTICA IDEOLÓGICA DE SAN NICOS POULANTZAS: INSTANCIAS, SUPRADETERMINACIONES Y SOCIOLOGÍA \*

Salvador Giner  
(Universidad de Lancaster)

Juan Salcedo  
(Universidad de Lancaster)

El presente ensayo intenta evaluar de un modo crítico la práctica teórica e ideológica de Nicos Poulantzas, a quien se estudia como promulgador de una versión sociologizante del pensamiento del filósofo comunista francés Louis Althusser. Tras una breve exposición de aquellas nociones claves de Althusser que podrían prestarse a reelaboración sociológica, los autores pasan a una consideración sistemática de la obra de Poulantzas guiados estrictamente por el criterio de su posible valor sociológico. En el curso de su análisis muestran cómo las abstracciones y lenguaje tautológico de este autor desafían toda refutación empírica y cómo aparecen como mera construcción general cuya naturaleza estática es aparente. Muestran también algunos aspectos ideológicos notorios de la obra de Poulantzas que, a pesar de su lenguaje inconcreto, deben inscribirse en posiciones políticas muy precisas. Los autores dedican una especial atención a las obras más «empíricas» de Poulantzas, su estudio del fascismo y el *Komintern* y su ensayo sobre el fin de las dictaduras mediterráneas. Muestran cómo en el primero se reproducen algunos de los hallazgos ya plenamente establecidos por la investigación sociológica e histórica y en el segundo se da una interpretación altamente equivocada de los datos a nuestra disposición. En ambos casos, Poulantzas ha hecho un considerable esfuerzo por conseguir que los hechos se adapten a sus esquemas, con notable quebranto para entrambos.

\* El presente artículo constituye la versión española de uno que con el título «Remarks on the Non-Sociology of Nicos Poulantzas» aparecerá en breve en los *Archives Européennes de Sociologie (European Journal of Sociology)*. Los autores agradecen a los profesores Steven Lukes y Francisco Murillo las observaciones formuladas.



«San Bruno sólo promueve guerra y prorrumpe en bélicos alaridos, porque quiere asegurar ante el público, poniéndolos a salvo de la ingrata propensión de éste al olvido, su persona y su crítica, ya pasada de moda y agriada.»

CARLOS MARX y FEDERICO ENGELS \*

«San Max hace caso omiso de la "vida" física y social del individuo; sin hablar para nada de la "vida", se abstrae también, de un modo totalmente consecuente, de las épocas históricas, de la nacionalidad, de la clase, etc., o *lo que tanto vale*, infla la conciencia dominante de la clase que está más cerca de él en lo que directamente le rodea, para hacer de ella la conciencia normal "de la vida de un hombre".»

CARLOS MARX y FEDERICO ENGELS \*

«...la ignorante retórica que caracteriza gran parte de la producción del grupo de Althusser.»

MANUEL SACRISTÁN LUZÓN \*\*

Nuevas escuelas marxistas han tendido a surgir de tiempo en tiempo, ya desde los tiempos de la muerte de su fundador; por este motivo, la lista de «marxismos» es hoy día, un siglo después de la desaparición de Marx, bastante extensa. Una de las últimas escuelas, surgida hace una década, fue la asociada con el nombre del intelectual comunista francés y profesor de l'*École Normale Supérieure*, Louis Althusser. La filosofía marxista propugnada por Althusser y sus seguidores más próximos no está concebida como una sociología, sino como *la única sociología posible*; de esta forma no tiene nada de extraño que haya encontrado un amplio auditorio para sus teorías. Ello ha sido favorecido por el hecho de que uno de sus primeros discípulos, ahora profesor de sociología en Vincennes, Nicos Poulantzas, in-

\* C. Marx y F. Engels, *La ideología alemana*.

\*\* M. Sacristán Luzón, juicio acerca de los «althusserianos» emitido en la solapa 1 del libro de J. Zeleny, *La estructura lógica de El Capital* (Barcelona: Grijalbo, 1974).

tentó a partir de 1968 desarrollar una interpretación «althusseriana» de la sociedad moderna. No se encuentra solo en esta tarea, pero todavía sigue siendo el principal portavoz de una posible «sociología althusseriana». Su influencia en algunos círculos académicos y semiacadémicos marxistas de Europa Occidental y Latinoamérica es, ciertamente, notable. Aunque el propio Poulantzas ha tomado sus distancias respecto de Althusser y los «althusserianos» de estricta obediencia, no nos cabe ninguna duda de que representa el esfuerzo más considerable existente, con gran diferencia, para desarrollar una «sociología-althusseriana-marxista-estructuralista».

El análisis y reflexiones que siguen ofrecerán al lector un enfoque de la obra de Poulantzas que será novedoso en el sentido de que una gran parte de nuestros puntos de vista acerca de la epistemología sociológica y el mundo moderno difieren de los suyos en varios aspectos. La obra de Poulantzas ha atraído la atención de numerosos críticos, básicamente marxistas ortodoxos, y ha dado lugar a varios debates dentro del campo marxista; sin embargo, y a diferencia de la de Althusser, nunca ha sido considerada desde otros puntos de vista.<sup>1</sup> No cabe duda alguna de que nuestra falta de ortodoxia nos descalificará de forma automática en la mente del autor cuyo trabajo vamos a criticar, ya que —sorprendentemente— afirma que sus posibles críticos deberán compartir su perspectiva básica y sus puntos de vista para poder juzgar sus análisis y explicaciones;<sup>2</sup> pero el lector compartirá con nosotros —cuando menos— el escepticismo acerca de una afirmación tan irracional. La crítica, para ser racional, debe ser ejercida desde cualquier campo; siempre y cuando opere con las mínimas reglas de la lógica y la deducción: no es un derecho poseído sólo por un cenáculo de iniciados.

La intención primordial de este ensayo es establecer hasta qué punto es útil o importante Poulantzas como sociólogo. Estamos interesados estrictamente en la relevancia sociológica (o la ausencia de la misma) de su obra. Para ello, seguiremos el siguiente proceso: 1) Examinaremos brevemente el potencial sociológico de la obra de Althusser, destacando aquellas características de su pensamiento que pudieran ser relevantes para el desarrollo de una teoría de la sociedad. 2) Continuaremos con el examen de algunas categorías que Poulantzas emplea en el análisis de las clases sociales y el capitalismo contemporáneo. 3) Ello será seguido por una evaluación de su interpretación del fascismo y de las modernas dictaduras europeas junto con algunas observaciones sobre sus intentos de criticar el estali-

1. R. Arón (1969).

2. N. Poulantzas (1969).

nismo. 4) Nuestra crítica finalizará con algunas notas adicionales acerca del valor sociológico de su contribución. A lo largo del ensayo, nos abstendremos de participar en las trifulcas de los actuales debates Althusserianos o Poulantzianos, aunque haremos alguna referencia a ellos, ya que ciertas críticas e informaciones que no pueden ser relegadas provienen de los mismos.<sup>3</sup> Dada la naturaleza «de trastienda» de estos debates, dudamos que nuestra crítica pudiera añadir leña al encapsulado, bien guardado y patentemente inofensivo fuego de esta nueva rama del moderno escolasticismo marxista.<sup>4</sup>

### *¿Hay una Sociología en Althusser?*

Al analizar el potencial sociológico existente en la obra de Althusser, tendremos que referirnos a ciertas nociones y explicaciones que son bien conocidas por aquellos lectores familiarizados con sus trabajos. Sin embargo, ello es muy necesario para la ulterior comprensión de la obra de Poulantzas, ya que este autor ha sido contemplado por sus discípulos o por aquellos influidos por sus formulaciones, como parte esencial de nada menos que una «Revolución Althusseriana» que se supone está teniendo lugar en el mundo del pensamiento social marxista.

Althusser no tiene intenciones sociológicas explícitas: su punto de partida es por completo filosófico, aunque, siendo marxista, no puede evitar —y generalmente no intenta hacerlo— implicaciones de naturaleza política. Así, uno de sus argumentos principales es el de que siempre existe una necesaria interacción entre lo teórico y lo político: la teoría tiene efectos *sobre y en* la práctica política; o a la inversa, la política siempre necesitará de una teoría que la soporte y justifique: en otras palabras, de acuerdo con él, la teoría es el *locus* de la confrontación política,<sup>5</sup> uno de los cosos de la lucha de clases. La intención primordial de Althusser es dar a la filosofía marxista una dirección nueva y más profunda, comenzando con

3. Las razones para esto son dobles: exponer nuestro argumento de la forma más simple y clara posible y el hecho de que las fuentes del debate están al alcance de todos.

4. Como era lógico esperar, Althusser y Poulantzas están siempre más dispuestos a replicar a otros marxistas ortodoxos antes que hacerlo con los que no lo son. En este sentido, no han producido ninguna réplica sustancial a críticas, como la de R. Arón, que proviene de campos diferentes del suyo.

5. El ensayo de S. Karsz (1974) sobre Althusser se centra alrededor de esta noción. Para un desarrollo de los problemas envueltos en la relación entre el marxismo de Althusser y la lucha de clases, ver A. Callinicos (1976), pp. 7-9.

la premisa de que el marxismo (principalmente en Francia) ha permanecido últimamente en un estado estacionario, no consiguiendo la teoría proporcionar a la clase obrera las herramientas teóricas necesarias para continuar sus luchas.<sup>6</sup> Para liberar al marxismo de su estancamiento actual, Althusser comienza por hacer una distinción en su interpretación de la obra de Marx, destinada a convertirse en pilar básico de su filosofía, en diversos aspectos: la distinción entre una lectura tradicional o «humanista» de Marx, y una lectura más profunda «científica» o *symptomale*.

La lectura tradicional de Marx,<sup>7</sup> teñida de humanismo, hegelianismo y voluntarismo, se ha convertido en la corriente fundamental de la filosofía y sociología marxistas actuales<sup>8</sup> —siempre según Althusser— y puede ser denominada la interpretación «filosófica» de Marx. El enfoque *symptomale*, sin embargo, es el único «científico» y produce resultados mucho mejores. (Queremos destacar la utilización del término aparentemente aséptico «científico» para denominar su propio método, y su contraposición al término «filosófico», que goza de un status menos elevado en la jerga althusseriana.) ¿Y cuál es, básicamente, la interpretación *symptomale* de Marx? Desdichadamente la respuesta no está clara, ya que aunque la lectura de Althusser nos informa de cuáles elementos del pensamiento de Marx son básicamente ciertos, fundamentales o aceptables, nunca se nos dice con qué exactos criterios son seleccionados tales elementos y declarados como «sintomáticos». Afirmar, por citar un ejemplo, que el «verdadero pensamiento» de Marx fue desarrollado únicamente a partir de la época en que escribió los *Grundrisse* no puede dejarnos muy satisfechos, a menos que se nos dé una explicación satisfactoria para apoyar los desconocidos criterios que asignan verdad o falsedad a cada aspecto y estadio de su pensamiento. Aquí tropezamos ya con algunas dificultades, ya que, según Althusser, parece como si únicamente algunos marxistas, ungidos con el punto de vista «correcto» acerca de la historia y naturaleza de la sociedad, fueran aptos para cumplir la tarea de ver la luz de la verdad a través de las imperfecciones, las «ausencias» u omisiones que acarrea la forma tradicional de interpretar a Marx.<sup>9</sup> Por supuesto que, como ya habrán sospechado aquellos que no tengan la buena fortuna de compartir su opinión en este asunto, el punto de vista «correcto» consiste —y no de forma sorprendente— en las propias tomas de postura de Althusser y sus pronunciamientos acerca del

6. Esta declaración de principios se encuentra en la introducción al segundo trabajo importante de Althusser (1966) *Pour Marx*.

7. Althusser asume que tradicionalmente sólo ha habido una forma de entender a Marx, cuando lo cierto parece ser justamente lo contrario. Ver A. Gouldner (1973).

8. L. Althusser and E. Balibar (1966), vol. I, pp. 15-16.

9. *Ibid.*, p. 29.

«verdadero» sentido de Marx, Lenin y otros fundadores menores de una genuina explicación científica del mundo.

Para evitar cualquier posible confusión en nuestras mentes, así como para dar un adecuado status a sus interpretaciones, Althusser otorga a sus ideas el título de «teoría verdadera» o Teoría (con T mayúscula) y despacha las otras interpretaciones como meras teorías (con t minúscula). Se puede afirmar, con razón, que este tipo de maniqueísmo intelectual no es propiedad exclusiva de Althusser (ni, como veremos, de Poulantzas), sino que es una característica común de las diversas ramas del escolasticismo (marxista o de cualquier otro tipo) en su lucha por el monopolio de la verdad dentro de diferentes universos ideológicos. Sin embargo, pensamos que este componente dogmático es particularmente importante en el caso de Althusser y sus seguidores, y que es en gran parte por ello por lo que la extensión de sus doctrinas ha promovido ataques muy duros provenientes tanto de otros campos del marxismo como de críticos de diversas tendencias.<sup>10</sup>

Más que una teoría bien elaborada de la epistemología, el marxismo, el conocimiento, o demás posibilidades, la obra de Althusser aparece como una colección de nociones de diversos grados de originalidad, presentadas bajo una serie de nuevos nombres, y no siempre bien definidas, a pesar de su explícita aserción de que las teorías han de ser rigurosas y sistemáticas. Es, pues, posible destacar una lista de aquellas nociones clave que pudieran tener relevancia sociológica, sin violentar en modo alguno su sistema filosófico. (La relevancia sociológica de cada uno de sus conceptos puede no hacerse aparente de forma inmediata, pero, como lo prueba la obra de los «sociólogos althusserianos», su transformación en términos «sociológicos» es una operación muy sencilla. Ya lo veremos más tarde.) Las nociones son, básicamente, las siguientes:

1. *La práctica teórica.* La interpretación de Althusser puede comenzarse con su crítica de lo que él denomina la «concepción empírica del conocimiento»<sup>11</sup> y su sustitución por la práctica teórica. Tal práctica teórica elabora «el concepto de historia del conocimiento y también los conceptos de los diferentes *modos* de producción teórica, siendo el primer paso la

10. Hay otras causas, para esas críticas y ataques, que varían enormemente según el campo de procedencia, sea el liberal (A. Aron [1969], el trotskista (colectivo [1974], o el de los propios camaradas del comunismo ortodoxo del Althusser en otros partidos (J. Lewis [1972]). Lo mismo puede decirse de Poulantzas.

11. L. Althusser y E. Baïbar (1969), vol. I, pp. 38-51. Para una importante crítica del antiempiricismo del Althusser proveniente de un eminente historiador marxista, ver P. Vilar (1973).

elaboración conceptual de los modos de producción teórica de la ideología y de la ciencia». <sup>12</sup> Dicho de otra forma más clara, la tarea científica más importante posible es la elaboración de marcos teóricos de referencia para los diferentes campos del conocimiento, en términos de modos de producción de ese conocimiento, y la interpretación de los datos empíricos en los términos establecidos por tales marcos de referencia. Ello significa que los propios hechos pueden ser contemplados como construcciones teóricas —una noción compartida, por supuesto, por muchos no-althusserianos— y que se pueden entender históricamente como interpretaciones producidas por cada clase en cada período histórico de acuerdo con sus intereses y/o su posición en la estructura social («formación social»). Sin embargo, al ser cierto que las clases dominantes desarrollan una teoría que sirve para sus necesidades, en todos los sentidos posibles, el supuesto tradicional del marxismo debería —según se desprende de Althusser— ser corregido. En los procesos de producción de conocimiento, los hombres producen conocimiento «verdadero» u «objetivo», así como construcciones ideológicas. ¿Cómo es posible esto? ¿Cómo es posible que la ciencia, que es parte sustancial de ese proceso, sea de naturaleza tal que, aunque ligada y creada por intereses de clase, conduzca al conocimiento objetivo? (La razón —para Althusser— es que la práctica teórica es, en gran medida, una actividad independiente o autónoma de las otras dimensiones («instancias») de la estructura social («formación social»)). <sup>13</sup> De esta peregrina afirmación se derivan los intentos de Althusser de emancipar la razón humana («práctica teórica») (su propia razón; suponemos es una especie de justificación personal similar a la ya obsoleta del «desclasamiento») de las ataduras del determinismo económico y de clase. Relegando la dimensión económica a una distante e imprecisa determinación «en última instancia», espera conceder a la producción de conocimiento objetivo el mismo status privilegiado que ya poseía en otras interpretaciones supuestamente «ideológicas» de la ciencia y la filosofía.

2. *La ruptura epistemológica.* Habiendo establecido una autonomía sustancial para la teoría (y ello, sin dejar de ser marxista), Althusser vuelve a la «más correcta» de las teorías disponibles: la de Karl Marx. Aplicándole su «método sintomático» discierne una «ruptura epistemoló-

12. *Ibid.*, p. 50.

13. Para una discusión de la autonomía (relativa) de la sociología respecto de las condiciones sociales circundantes o que posibilitan su ascenso, ver S. Giner (1974), pp. 13-54.

gica»<sup>14</sup> en su obra; esto es, el preciso momento en que Marx se transforma en científico. Se nos asevera que ello ocurrió en el año de 1845. Los trabajos de Marx anteriores a esa gozosa fecha, quedan descalificados: no son sino la fase «ideológica» o «precientífica» de su producción. (No hay que decir que la «lectura sintomal» de esta etapa precientífica de Marx ya capta en su obra algunas premoniciones de lo que vendrá después, por lo que tiene un cierto, aunque no muy considerable, interés.) Como el grueso de estos escritos está relacionado con un enfoque humanista y hegeliano, esos dos componentes deben ser *desde ya* totalmente descartados. Dado el supuesto rechazo por parte de Marx del conjunto de problemas («problemática») que le preocupaba hasta el año 1845, su nuevo y definitivo abanico de temas a tratar emerge claramente. La nueva problemática —que como todas las problemáticas<sup>15</sup> define los términos de la discusión— delimita las fronteras y las tareas de investigación a la teoría.

3. *La estructura dominante: la supradeterminación.* Un aspecto del pensamiento de Althusser que tiene inmediatas connotaciones sociológicas es su visión sobre la naturaleza de la estructura social. Como marxista, insiste en la necesidad de comprender las estructuras sociales como totalidades, o mejor aún, como totalidades dialécticas, esto es, conjuntos de contradicciones dinámicas. Pero comparte los puntos de vista de los que contemplan la totalidad social en forma hegeliana, es decir, como una totalidad en la que cada parte explica *a* y es explicada *por* las demás o, de una forma funcionalista-vulgar, que contempla la totalidad como si fuera un sistema de factores en interacción constante.<sup>16</sup> La formación social (o estructura social global) está ciertamente determinada, como dijo Marx, por las relaciones sociales de producción presentes en la sociedad, que se contradicen unas a otras a nivel económico, pero —aquí está la contribución de Althusser— es la naturaleza de esa contradicción la que determina

14. L. Althusser y E. Balibar (1966), vol I, pp. 15-16. La expresión ha sido tomada por Althusser de su maestro Gaston Bachelard; ver *Pour Marx*, p. 24.

15. Según Althusser, la expresión «problemática», como «unidad específica de una formación teórica», fue copiada de Jacques Martin (*Pour Marx*, p. 24). Por supuesto que se corresponde en cierta medida con el «programa de investigación» (*research program*) de Lakatos (I. Lakatos [1968]).

16. A. Callinicos (1976, p. 41) está en lo cierto cuando afirma que las críticas de R. Garaudy y otros contra Althusser acusándole de funcionalista vulgar no son exactas. Aunque el funcionalismo de Althusser presenta realmente muchas semejanzas con el de Parsons y otros autores —un hecho puesto de manifiesto por varios críticos— sus nociones de *contradicción principal* y *estructura dominante*, entre otras, no hacen posible criticarle de la misma forma que a otros funcionalistas. Se trata, en este caso, de un estructural-funcionalismo muy sofisticado.

exactamente cuál de las dimensiones sociales («instancias») es la dominante. Puede ocurrir, como en el caso del modo de producción feudal, que la contradicción principal determine que el modo de dominación más importante sea la «instancia» política. Todo ello significa, también, que la totalidad social consiste en un conjunto de contradicciones que están subordinadas unas a otras; siempre hay una jerarquía que se manifiesta en la expresión de que posee una «estructura dominante».

Cada «instancia» de la formación social posee un grado de autonomía —según Althusser—, a pesar de su ordenamiento complejo en un orden jerárquico cuyos propios niveles de subordinación están determinados, en última instancia, por la contradicción principal en el nivel económico. Esta autonomía relativa de cada instancia significa dos cosas: primero, no todas las instancias se encuentran al mismo nivel de desarrollo; segundo, la totalidad compleja de instancias interdependientes y con distinto nivel de evolución presenta un estadio concreto de relaciones en cada momento de la historia, que recibe el nombre de coyuntura. Es en este contexto donde Althusser tiende a utilizar su no-definida noción de supradeterminación, cuyo origen freudiano agradece de forma críptica.<sup>17</sup> Pudiera deducirse que la *supradeterminación* es la unidad necesaria de todas las instancias, generada en último término por la dimensión económica; todas las instancias coexistirían de forma autónoma en diferentes estadios de su desarrollo. Ésta es, según Althusser, «la más profunda característica de la dialéctica marxista», a saber, «la reflexión de la estructura articulada en dominancia, que constituye la unidad del todo complejo dentro de cada contradicción».<sup>18</sup> ¿Quién le gana en claridad?

4. *Ideología y aparato ideológico de estado.* La cuarta noción que es importante para el eventual desarrollo de una sociología althusseriana es la de ideología, tal y como aparece en los escritos que estamos analizando. La definición de ideología que da Althusser es muy singular, ya que le atribuye cualidades rigurosas y sistemáticas que habrían escapado hasta ahora a todos los observadores de ideologías. Literalmente afirma que una ideología es: «un sistema (con su propia lógica y rigor) de representaciones

17. En teoría psicoanalítica un modelo de comportamiento se considera supradeterminado si posee más de un significado o si expresa conflictos entre más de una dimensión de la psique. Provee *solución única* para un sistema de varias fuerzas contradictorias.

18. Althusser (1966), p. 206. Noción ésta característica y universalmente aceptada por toda la Teoría de Sistemas y por el análisis estructural en Sociología, y que se expresa llanamente en el principio (por otra parte banal) de que toda estructura, como tal, determina de algún modo a todos y cada uno de sus componentes.

(imágenes, mitos, ideas o conceptos, según el caso) dotado de una existencia histórica y un rol dentro de una sociedad dada».<sup>19</sup> No nos vamos a meter —para alcanzar cierta claridad en la exposición— con esta definición a fondo, sino sólo señalar, en lugar de ello, que para Althusser la ideología es uno de los tres subsistemas —económico, político e ideológico— en que divide el sistema social global. Quizás es por esta razón por la que el reino de la ideología, dotado de un cierto grado de autonomía, aparece como un componente indispensable de la vida del hombre. Es el sistema de creencias, nociones y símbolos a través del cual experimenta la vida en la formación social en que habita. Esta sustitución por la noción de ideología de la interpretación tradicional de la cultura en las ciencias sociales (cultura  $\equiv$  ideología) es otra de las características más peculiares de la interpretación general por Althusser de la ideología en la sociedad moderna.

Esta mezcla confusa por parte de Althusser de cultura e ideología, no le impide considerar a la ideología, más adelante, como medio de represión, de dominación de clase y de mantenimiento efectivo de la subordinación de las clases trabajadoras a sus dueños (que no aparecen como tales dueños reales, sino como meros «portadores» —*Träger*, dice Althusser en alemán— de unos modos de producción dominados estructuralmente). En este único sentido, al menos, la ideología continúa poseyendo en su trabajo las cualidades imaginarias que se le atribuyen generalmente. Es, sin embargo, en este contexto, en el que Althusser desarrolla su noción de «aparatos ideológicos de estado». Es realmente incisivo cuando enfatiza los aspectos materiales e institucionales de la ideología, cuya explotación había sido ya iniciada por los sutiles análisis de Gramsci sobre los componentes de la sociedad civil —la escuela, la Iglesia, algunas asociaciones cívicas voluntarias, etc.— y que ahora reciben un grado más avanzado de conceptualización y demarcación a través de la clara distinción por Althusser entre aparatos de estado represivos e ideológicos. Los primeros estarían constituidos por las fuerzas armadas, la policía y otros mecanismos de control físico. Los segundos coincidirían más con la definición de Gramsci de las instituciones ideológicas de la sociedad civil: sindicatos, escuelas, universidades e incluso los partidos políticos en sus funciones ideológicas y culturales.<sup>20</sup>

La presentación esquemática de estos cuatro aspectos del pensamiento de Althusser no tiene otro propósito que el de servir como introducción

19. Citado por A. Callinicos (1976), p. 61.

20. L. Althusser (1971).

a una evaluación de la obra de Poulantzas desde el punto de vista sociológico.<sup>21</sup> Esperemos que, aun contando con el riesgo de una excesiva simplificación, ayudará nuestra comprensión de la obra del último autor mencionado.

### *Un Imperialismo*

En la aplicación del enfoque althusseriano al desarrollo de un marco de referencia sociológico teórico, Poulantzas asume dos de las proposiciones básicas del materialismo histórico: la distinción entre procesos reales e intelectuales, y la primacía de los primeros sobre los segundos.<sup>22</sup> Su posición epistemológica, inserta en la postura marxista tradicional más ortodoxa, es también muy explícita y no va a ser discutida aquí. En conjunto, los escritos de Poulantzas sólo pueden ser entendidos si se les considera insertos en un marco de referencia intelectual leninista aplicando el punto de vista comunista más ortodoxo en lo concerniente a la naturaleza de la sociedad capitalista, y a un imperialismo también capitalista. Un análisis de contenido de su obra muestra que realiza un gran esfuerzo para intentar exponer —poniéndolas al día— las principales doctrinas del comunismo durante el período de la posguerra, en los primeros años de la Guerra Fría.<sup>23</sup> En términos de lucha ideológica, los escritos de Poulantzas pueden ser contemplados como un esfuerzo para refundir intelectualmente la ortodoxia comunista —previa, temporal e ideológicamente, a la declaración Berlinguer-Marchais de 1976, y a la reafirmación conjunta de Livorno por Carrillo y Berlinguer en el mismo año— y aparece como un intento de respuesta ideológica a los cambios experimentados por el sistema capitalista en las décadas de los cincuenta y sesenta.

Contemplado bajo este prisma, el primer trabajo importante de Poulantzas, *Pouvoir politique et classes sociales*, es un importante trabajo doctrinal dentro del campo del comunismo ortodoxo occidental, cuya relevancia sociológica, sin embargo, es más que cuestionable. El libro es un estudio sistemático de un aspecto teórico que los propios críticos marxistas han

21. Para más detalles, ver A. Callinicos (1976), S. Karsz (1974), N. Geras (1972) y L. Kolakowski (1971).

22. N. Poulantzas (1968), p. 8.

23. En varios aspectos el tratamiento que Poulantzas da al imperialismo, y al ascenso de una burguesía poderosa en extremo, coincide con las posiciones tomadas en su momento por el líder comunista italiano Palmiro Togliatti, probablemente el más importante portavoz ideológico del comunismo occidental en los años cincuenta y sesenta.

encontrado poco desarrollado: la teoría marxista del estado. Poulantzas ha intentado llenar este vacío con materiales encontrados en Marx, Engels y Lenin, y hasta cierto punto, en Gramsci; todos ellos dentro de un marco althusseriano y con un uso extensivo de su vocabulario. El libro está escrito de forma oscura, con lenguaje tautológico, pomposo y repetitivo. Algunos de sus pasajes —que nos refrenamos a reproducir aquí— son extremadamente intrincados. Sin embargo, no sería justo condenarle sólo por esto, de la misma forma que algunos han pretendido condenar las teorías de Parsons, especialmente cuando es obvio que en sus últimos libros Poulantzas ha mejorado su lenguaje de una forma sensible. Negamos su relevancia sociológica en base a que se trata de una construcción política del género de las *Staatstheorie*, donde las conexiones entre el aparato del estado y el resto de la sociedad aparecen dibujadas de forma muy endeble y difícil de captar. Un estudio sociológico del estado debería probablemente discutir, localizar y analizar sus raíces en la sociedad, así como sus efectos concretos sobre cada uno de sus componentes.<sup>24</sup> Por mencionar sólo una cuestión decisiva —especialmente para un marxista— se trata de un libro donde las características actuales de las clases sociales son completamente ignoradas. No sólo están ausentes de forma alarmante las referencias a hechos y datos concretos, sino que incluso la conceptualización teórica acerca de las clases es de naturaleza difusa. Las clases —con la sola excepción de la burguesía— aparecen como un *deus ex machina* actuando (o, mejor aún, siendo supradeterminado) en un mundo de aparatos de estado y modos de producción. Por supuesto que elementos concretos como partidos políticos, movimientos sociales y otros tipos de acontecimientos cotidianos (huelgas, crisis económicas, la política internacional de la Unión Soviética) son considerados irrelevantes. ¿Es que quizá no forman parte de la vida de las «formaciones sociales» cuyos «aparatos de estado» ha intentado analizar Poulantzas?

*Les classes sociales dans le capitalisme d'aujourd'hui* es mucho más interesante desde nuestro punto de vista.<sup>25</sup> Una vez más el libro tiene un obvio contenido doctrinal, aunque su intención primordial sea el estudio y crítica del imperialismo americano. Hay, además, otros temas en el mismo, como la reflexión que su autor hace de lo que él llama —usando

24. La publicación de este libro dio lugar a un conocido debate en círculos de izquierda, que incluye gran número de críticas que no queremos duplicar aquí; referimos a ellas al lector. La polémica comenzó con la publicación por Ralph Miliband de su obra *The In Capitalist Society* (1969) y fue seguida por artículos y réplicas en *New Left Review*. La polémica ha continuado hasta 1976 con la réplica de Poulantzas a E. Laclau y R. Miliband. N. Poulantzas (1976).

25. N. Poulantzas (1975); las citas se refieren a la edición inglesa.

un lenguaje decimonónico— pequeña burguesía, es decir, las nuevas clases medias y las clases medias bajas tradicionales; pero se trata de algo periférico al núcleo principal. El imperialismo parece tratado de tal forma que no es sino una revisión de la doctrina oficial comunista del último período stalinista, poniéndole en línea con las actuales formulaciones de la era Brezhnev. El análisis está saturado de un maniqueísmo implícito; para el autor hay una *bestia negra* (y sólo una): el capitalismo americano y su última y bien desarrollada fase de «imperialismo mundial». Por supuesto que el autor podría replicar que su obra no es un análisis de la esfera soviética de influencia, sino sólo del imperialismo occidental. Tal respuesta no es válida por dos motivos: en primer lugar, porque explícitamente se refiere al fenómeno del imperialismo como si hubiera solamente un único tipo del mismo en el mundo —lo cual es manifiestamente falso— y, en segundo término, porque ignora todos aquellos fenómenos de tremenda importancia sociológica (como la carrera de armamentos o el enorme volumen de los presupuestos militares mundiales, con todas sus implicaciones económicas y sociales) que sólo pueden ser explotados en términos de la presencia de dos o más imperialismos en concurrencia antagónica.

Poulantzas asume, por consiguiente, la existencia de dos mundos: uno está dominado por la conspiración occidental, donde una siniestra élite prosigue una implacable estrategia contra el resto del mundo, para conseguir la dominación mundial del capitalismo monopolista —por supuesto, siempre impelida por la lógica althusseriana de las formaciones sociales donde las élites son en cierto modo irrelevantes, ya que son meros portadores de fuerzas estructurales. Es éste un mundo de tinieblas, cuyo sistema de dominación está basado en la fuerza de los ejércitos y el poder del dinero, donde la corrupción y la muerte están ligadas a la «instancia política» y donde la gente (las «masas») son fácilmente manipuladas como receptores pasivos de una propaganda emitida por los «aparatos ideológicos de estado». Un mundo cuyas creencias dominantes estarían exclusivamente ligadas a la actitud de conseguir un mayor beneficio, y donde el comportamiento social estaría determinado «en última instancia» por él, y no por la economía como un todo. Un mundo cuyos intelectuales estarían desesperanzadamente equivocados, ya que (hicieran lo que hicieran) siempre reforzarían la dominación imperialista al distraer la atención de los lectores del único fenómeno central que necesita una crítica seria: el capital monopolista. (Se deberá asumir que Althusser, Poulantzas y algunos de sus seguidores serían la excepción a esta nueva *trahison des clercs*, ahora denunciada desde el más inesperado de los alcázares.)

El conjunto de ideas que implícitamente dominan *Les classes sociales dans les capitalisme d'aujourd'hui* entronca con la antigua polémica acerca

de la verdadera naturaleza del Plan Marshall.<sup>26</sup> La asunción implícita en todo esto es la de que «el otro» mundo —el estado Soviético y los regímenes controlados por él— están acertados en su política, y que el comportamiento político Soviético está del todo libre de imperialismos. Y si se piensa que estamos presentando una imagen tergiversada de las doctrinas de Poulantzas, señalemos que su obra está totalmente limpia de ningún tipo de crítica hacia el estado Soviético, con la curiosa excepción de sus observaciones sobre el Komintern en su *Fascisme et dictature*.<sup>27</sup> Pero incluso esta excepción no es relevante, ya que el Komintern es un cuerpo oficialmente muerto incluso para el propio comunismo, y fue repetidamente desautorizado por la propia doctrina ortodoxa en la era de Khrushchev. Se trata, pues, de dar lanzadas a moro muerto.

### *Las clases sociales*

La cuestión de los cambios recientes en la composición nacional e internacional de las clases sociales y sus mutuas relaciones, aparece estrechamente relacionada con el tema de la dominación monopolística internacional<sup>28</sup> en el pensamiento de nuestro autor. De acuerdo con él (y no es el único en afirmarlo), la presente fase del imperialismo americano corresponde a la del capitalismo monopolista.<sup>29</sup> Tal dominación del capitalismo monopolista no tiene nada que ver con el estudio que realiza sobre algunas clases sociales aparentemente inconexas con él, tal como la pequeña burguesía tradicional o los agricultores con pequeñas propiedades. La clase que aparece como «portadora» de la dominación sobre las demás, y que tiene en sus manos todo el peso del poder es la burguesía monopolista, o, más exactamente, el «bloque en el poder» (*bloc au pouvoir*) formado por elementos procedentes de todas las facciones con intereses monopolísticos.<sup>30</sup> Por lo que respecta a la antigua burguesía, cuyos intereses están todavía ligados a un capitalismo competitivo, se encuentra en posición subordinada a los nuevos intereses monopolistas.

En el mundo occidental la estructura actual de sus burguesías depende de forma estricta —siempre según Poulantzas— del poder económico del imperialismo americano. (De hecho, los centros económicos y políticos

26. N. Poulantzas (1974), pp. 38-88.

27. N. Poulantzas (1970), pp. 37-60.

28. N. Poulantzas (1974), pp. 91 y ss.

29. N. Poulantzas (1974), p. 46.

30. *Ibid.*, p. 53.

no-americanos son meras «metrópolis subordinadas» y, aunque nuestro autor hable a menudo de metrópolis en plural, presenta la hegemonía americana como dominante en todos los sentidos.) Una fracción de cada burguesía está fuertemente conectada con el imperialismo americano y constituye la burguesía monopolista local, inserta dentro de la red de las empresas multinacionales. El resto de las burguesías, encapsuladas en el encogido mundo del infradesarrollado capitalismo competitivo, aparecen como un estrato parasitario dentro del cuerpo dinámico del capital monopolista. Poulantzas, por supuesto, reconoce la importancia que un día tuvieron las respectivas burguesías nacionales; y aunque su hora ya pasó, su presencia es aún esencial: para él la distinción entre las dos burguesías es fundamental, como se verá en su tratamiento de las dictaduras mediterráneas.

La descripción por Poulantzas de los empleados y trabajadores del sector terciario, como «pequeña burguesía»,<sup>31</sup> es otra característica de su interpretación de la sociedad. Dejando a un lado el hecho de que engloba a estos grupos en una categoría común de «asalariados no productivos», como hacían en su tiempo los fisiócratas y los antiguos marxistas-vulgares, es de destacar que subdivide a esta pequeña burguesía en los grupos principales, la vieja o tradicional y la nueva, ambas compuestas de un creciente número de miembros orientados hacia distintas metas de clase. Esas burguesías son calificadas como de «orientación burguesa» o de «orientación proletaria», dependiendo de sus inclinaciones respectivas. Se asume así que la dirección de su orientación es una consecuencia de su posición y su función en el proceso de división del trabajo social.<sup>32</sup> Aunque no hace ninguna clara referencia a las causas específicas de cada tipo de orientación, el análisis por nuestro autor de estas nuevas «pequeñas burguesías» es menos doctrinal y mucho más sociológico que todo el conjunto a que nos venimos refiriendo.

De nuestro análisis de *Les classes sociales dans le capitalisme d'aujourd'hui* se desprenden tres conclusiones: 1) A pesar de sus pretensiones científicas este estudio de las clases sociales sólo puede entenderse como un trabajo doctrinal en la línea ideológica oficial del Partido Comunista Francés y, paradójicamente en algunos aspectos, en línea con la herencia recibida del Gaullismo concerniente a la hegemonía americana. Cualquier relevancia sociológica que pudiera tener está subordinada al imperativo ideológico de proporcionar una «explicación» sofisticada de dominación de

31. N. Poulantzas (1974), p. 1973.

32. Pueden detectarse aquí de forma clara ecos de un análisis de tipo Weberiano-Parsoniano, a pesar de las referencias de Poulantzas a determinantes estructurales.

clase sin luchas de clases; en la misma los «modos de producción» y los «estadios» son los elementos más claramente actuantes, a menudo no de forma tan clara. 2) El análisis de las clases sociales es incompleto y parcial. Es *incompleto* porque no hay ninguna explicación concerniente a las clases trabajadoras que son para Poulantzas el «duende de la máquina»; se supone que debemos asumir que «deben» tener algo que ver con el curso de la historia, pero no presentan un rostro al cual mirar. No se nos dice nada acerca de su composición, su estrategia, ni su organización, ni siquiera de los intereses que persiguen. El análisis es *parcial* porque se trata de un exclusivo ataque contra la burguesía, sin decirnos nada sin embargo de sus características, con la excepción de algunas reflexiones sobre las nuevas clases medias (la nueva «pequeña burguesía») que termina en una descripción psicologizante de orientación hacia determinadas metas o modelos sociales. Desdichadamente esas *goal-orientations* no son presentadas de forma convincente; así, tropezamos con afirmaciones como la de que en algunos países, como España o Francia, la «pequeña-burguesía-de-orientación-burguesa» puede emerger como nueva vanguardia de la clase obrera, pero sin explicar cómo ni por qué. 3) Finalmente, a pesar de sus referencias a Gramsci, no ha intentado ningún estudio serio de las instituciones intermedias de la sociedad. Sindicatos, partidos políticos (con la excepción de algunas referencias a la acertada política del Partido Comunista Francés) y otros organismos de comportamiento colectivo, son ignorados de forma sistemática. Solamente, aquí y allá, las estructuras supra-actuantes de las «instancias» política, económica e ideológica, son enfrentadas de repente con las «masas». Las «masas» no son definidas en ningún lugar por Poulantzas, y es una lástima que sus constantes apelaciones a su omnímoda presencia no le hayan forzado a una mayor precisión. Es muy revelador que este sociólogo althusseriano haya encontrado el más despectivo y elitista de los conceptos, la «masa» o «las masas», tan atractivo como para utilizarlo por doquier en sus escritos sin sentir siquiera la necesidad de clarificar su contenido.<sup>33</sup>

### *Fascistas, estalinistas y dictadores*

En 1970, Poulantzas publicó un estudio sobre la «era de los fascismos» señalando que constituía una respuesta a la necesidad política de estudiar

33. Desdichadamente esta crítica se puede extender a un gran número de escritores de izquierda cuyo uso del término «masas» —junto con la atribución de virtudes carismáticas a las mismas— es casi abusivo. Las «masas» son glorificadas por ellos en la misma medida en que son denigradas y temidas por los conservadores doctrinarios.

lo que llamó «regímenes de emergencia»: las agudas luchas de clase que se estaban desarrollando en Occidente —señalaba— hacían dicha tarea urgente para los materialistas históricos.<sup>34</sup> Orillando la problemática cuestión de la agudización de la lucha de clases en 1970 (un tema del que el autor no habla en ninguno de sus libros<sup>35</sup>), vamos a centrarnos en los propósitos que manifiesta en su introducción al libro *Fascisme et dictature*. Poulantzas intenta llevar a cabo tres tareas: primera, contemplar el fascismo como un fenómeno político específico; segunda, clasificarle como una forma particular de estado capitalista de emergencia, y tercera, examinar las políticas del Komintern hacia el fascismo.

Comencemos por el último aspecto y señalemos que, aunque ocupa una parte considerable de su estudio —hasta el punto que ha sido visto esencialmente por algunos simpatizantes como una discusión de los errores políticos de los partidos comunistas durante el período de la Tercera Internacional—, no presenta interés sociológico alguno. Las cuestiones sociológicas relevantes acerca de las políticas y «errores» estalinistas no son las de establecer hasta qué punto fueron sórdidas o equivocadas respecto a sus relaciones con el fascismo (aunque ello sea un sano ejercicio de auto-crítica político-ideológica), sino establecer porqué el estalinismo surgió en el seno del bolchevismo y confrontar abiertamente la cuestión delicada de las raíces leninistas del estalinismo. Además, nuestro autor evita cuidadosamente citar cualquier tipo de literatura que, procedente de la izquierda, intenta afrontar esos problemas<sup>36</sup> y, simplemente, cataloga y describe las «erróneas» (¿sociológicamente?) políticas del Komintern. Es altamente significativo en el conjunto de la obra de Poulantzas este único intento de criticar una política no burguesa que, descrita como una excrecencia del estalinismo, ya ha sido condenada por todos los partidos comunistas tanto del Este como del Oeste. Hostigar a un toro muerto no puede en ningún caso ser relevante para la comprensión de esta importante fase de la vida política contemporánea.

Nuestro autor describe el fascismo como un estadio en la transición al

34. N. Poulantzas (1970); las referencias son de la edición de 1974.

35. Los propios seguidores de Poulantzas admiten este punto. Refiriéndose al mismo, los autores de un ensayo de circulación restringida dicen: «aunque los términos “clases” y “luchas de clases” aparecen en estos [sus] textos, Poulantzas no demuestra cómo deben ser tratados. Realmente, la “lucha de clases” no existe como concepto en la obra de Poulantzas, sino que se añade con frecuencia como una reflexión».

36. Obras importantes como la de Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista* (1972), traducida al francés y al inglés cuando nuestro autor publicó la segunda edición de su libro, no son siquiera mencionadas. Acerca de las raíces leninistas del estalinismo puede verse la obra de Ignacio Sotelo (1976).

capital monopolista, que tiene lugar en aquellas sociedades que constituyen «eslabones débiles» de la cadena capitalista. Esta metáfora, usada explícita e intensamente en su libro, es crucial para la comprensión del fenómeno, según Poulantzas. Incluso no se conforma con decir que la noción de «cadena capitalista» es sólo una metáfora, sino que nos dice que debe ser tomada literalmente, *au sens fort* de la misma.<sup>37</sup> Esta cadena debe romperse necesariamente por el eslabón más débil, aunque manifiesta su autor que no es suficiente hablar de ello, sino que hay que realizar un análisis profundo de la naturaleza del desarrollo desigual de las diversas formaciones nacionales que componen la cadena. Así, la «acumulación de contradicciones en Rusia» llevó a este país a una solución diferente a la que condujo la acumulación de contradicciones en Italia o Alemania. El significado de lo anterior es que la ruptura de la cadena conduce en diferente dirección, según la naturaleza de las contradicciones presente en la sociedad donde tiene lugar. Hay que señalar, sin embargo, que la noción de «cadena capitalista», y especialmente la de «eslabón más débil», está muy próxima a la doctrina iniciada por Parvus y desarrollada por Trotsky en el sentido de que la revolución no podía ser interpretada como una serie de acontecimientos inconexos, ya que la propia naturaleza del capitalismo ha ligado a todas las naciones en una estructura orgánica de economías y estados, bajo las fuerzas del imperialismo y sus contradicciones. Esta doctrina, más tarde adoptada por Lenin, fue directamente empleada en la explicación de la revolución socialista en un país atrasado (como Rusia), pero no puede ser en ningún caso aplicable al fascismo.

Los argumentos de Poulantzas acerca del fascismo están gravemente debilitados por la adopción de esta vieja y sufrida metáfora. Aunque utiliza material sociológico sustantivo acerca de clases medias débiles, derrotas en guerra, autoritarismos y demás elementos al uso para explicar por qué Italia y Alemania «se hicieron» fascistas, no hay ninguna explicación del por qué otros países no siguieron la misma senda y mucho menos de por qué eran esos precisamente los «eslabones débiles» y no otros. Y, aun suponiendo que lo fueran, por qué el capitalismo no colapsó, sino que se hizo más fuerte —ya que el fascismo representó un afianzamiento del gran capital— y sobrevivió de otras formas? La pregunta permanece sin respuesta.

Las nociones althusserianas de ideología, autonomía de lo político y sus propias preocupaciones por el estudio del estado, hacen las reflexiones de Poulantzas acerca de la naturaleza del estado fascista más plausibles. Aunque es más diestro en la descripción de las estructuras estables que

37. N. Poulantzas (1970), p. 20.

en el análisis del cambio, el autor se encuentra a sus anchas describiendo los componentes del estado fascista y la lógica interna de sus aparatos de terror y represivos. Desdichadamente no emerge de su obra ninguna interpretación nueva del estado fascista, y mucho menos aún de algunas descuidadas observaciones sobre la noción de lo que sea una «economía fascista».

La incapacidad de Poulantzas para una verdadera explicación causal de la política del Komintern, y su apego a los argumentos estándar sobre el papel clave de las clases medias están emparejados con el abandono de su propia lógica althusseriana y sus referencias fortuitas a políticas voluntaristas. Así, explica el fracaso de las grandes organizaciones obreras alemanas en presentar un frente de lucha serio, o incluso en derrotar al fascismo, diciendo que ocurrió a causa de una «apreciación errónea» por parte del Partido Comunista Alemán de la amplitud del peligro. (!) Esto es demasiado amable e incluso «antipoulantziano» como para ser aceptable.<sup>38</sup>

En suma, la consideración que Poulantzas hace de los fascismos es aceptable como reproducción de una colección de temas interesantes de qué hablar a sus alumnos en sus clases de Vincennes (estrategias de partido, financiación del fascismo por algunos intereses burgueses, estructura de los aparatos de estado fascista, etc.), pero como muy débil en su esfuerzo de producir una evaluación original del fenómeno. Continuaremos volviéndonos a Neumann, Guérin, Arendt, Ranulf, Adorno, Talmon o De Felice para obtener alguna aclaración. Ninguno de estos y otros científicos sociales han dado una visión completamente satisfactoria del problema; algunos sólo han aclarado aspectos aislados, como el análisis del autoritarismo por Adorno, y el valetoso examen de Renzo de Felice sobre los aspectos «revolucionarios» del más reaccionario de los movimientos. Pero aún estamos mejor servidos por esas contribuciones parciales que por el análisis «globalizante» de nuestro autor.

### *El análisis de las dictaduras mediterráneas*

El análisis por Poulantzas de los modos de dominación burguesa en Europa Occidental y su exploración del fascismo es completado por un ensayo, *La crise des dictatures*,<sup>39</sup> que está dedicado a los regímenes español, portugués y griego en la primera mitad de la década de los setenta, en que todos ellos sufrieron o están sufriendo profundas crisis. Una indagación

38. N. Poulantzas (1970), pp. 210-211.

39. N. Poulantzas (1975).

rigurosa de estos regímenes dictatoriales y de dominación clasista exige un planteamiento muy claro de cuál es exactamente su naturaleza. Hoy ya no es admitido despacharlos con el uso de vagas expresiones tradicionales como lo son la de «régimen de dictadura militar», «regímenes dictatoriales» o «regímenes de dictadura».<sup>40</sup> Es esencial esclarecer su verdadera naturaleza —si de lo que se trata es de hacer un análisis mínimamente exigente de lo que tales regímenes son— y distinguirlos cuidadosamente de los regímenes estrictamente fascistas, así como de otros regímenes de dominación de clase, como pueda ser el parlamentario capitalista. Estos términos convencionales, aparte de no encajar con las categorías establecidas por el autor en su tratado general sobre el poder político y las clases sociales, son insatisfactorias en tanto que no indican el signo de esa dictadura militar.<sup>41</sup> Podría pensarse que, como quiera que dedica bastante atención a las clases dominantes, Poulantzas no ha caído en el error de creer que en los países estudiados se producía «una dictadura del sable sobre la sociedad burguesa» en vez de lo que en realidad ocurre: «una dictadura de la sociedad burguesa por el sable», para decirlo con palabras de Marx.<sup>42</sup> Pero ello no es así: una lectura atenta nos muestra que el autor habla de la dictadura como un elemento asaz autónomo, independiente, flotante. Y ello se hace más claro cuando nos habla de esas dictaduras como si de «regímenes capitalistas de excepción» se tratara.<sup>43</sup> Este error es, naturalmente, gravísimo, y pone de por sí en cuestión toda la seriedad del análisis de Poulantzas. No consideramos que haga falta demostrar que las clases dominantes, a través del bloque del poder —y en los casos que nos ocupa, de la coalición reaccionaria que le dan soporte—, han encontrado en las dictaduras militares una solución ideal muy corriente, y que no tiene nada de excepcional ni histórica, ni sociológicamente. Nada hay de extraordinario en el medio siglo de dictadura salazarista, ni en el casi medio de dictadura franquista, ni en el régimen de Pinochet, también excepcional según Poulantzas; al contrario, son las formas normales de dictadura de la burguesía en países cuya estructura socioeconómica y de desigualdad social las hace necesarias (para la burguesía, se entiende) y posibles.

40. *Ibid.*, pp. 9, 21, 29, 31, 51, 76, 91, 133.

41. En este trabajo no podemos elaborar con detalle este punto. Invitamos al lector a consultar el ensayo «Absolutismo despótico y dominación de clase: el caso de España», de S. Giner y E. Sevilla, en *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, núms. 43-45, 1975, pp. 83-104.

42. K. Marx, *Les luttes de classes en France*, Utrecht: Jean Jacques Pauvert — Éditions Sociales, 1965, p. 103.

43. N. Poulantzas (1975), pp. 132, 134 y 135.

Estos pertinaces «régimenes de excepción» están, según nuestro autor, en «guerra abierta contra las masas populares». Aparte del evidente valor emocional e ideológico de esta frase, observamos, empero, que tras su establecimiento más o menos sangriento en cada caso, la guerra abierta deja de existir, salvo en un sentido moral y simbólico que es indiscutible. Las dictaduras militares de las burguesías mediterráneas buscaban una paz interior y una obediencia pasiva a través de su fórmula política, su ideología, el temor y el apoliticismo impuesto por el aparato represivo; pero la situación de guerra abierta es insostenible. La aparición de «comandos» derechistas (como los de Cristo Rey), del terrorismo parapolicial y la exacerbación del terror ejercido por el propio estado despótico burgués, son señal de aproximación de ruptura y descomposición acelerada de los regímenes. En el caso contrario encontramos el largo y amargo silencio del orden impuesto tras la consolidación del régimen, pero no una situación de guerra abierta contra «las masas», pues ésta es insostenible por mucho tiempo. Los regímenes como el franquista o el salazarista se basaban en una institucionalización de la explotación económica —la acumulación violenta de capital—, precisamente bajo el pretexto de la paz triunfante consolidada por ellos.

En conexión con esto hay que volver a insistir en que es notable el desaliño con que Poulantzas se refiere a «las clases populares» y mucho más «a las masas»,<sup>45</sup> entidad ésta realmente fantasmagórica en su ensayo y que sigue sin recibir la más mínima definición. ¿Qué entenderá aquí Poulantzas por masas? ¿Serán campesinos sin tierra, proletarios de suburbio y gentes marginadas? ¿O incluirán a horteras, PNNs, empleados de banca, obreros especializados y tenderos de barrio? Un ligero análisis de contenido revela al menos sagaz de los lectores que, como para cualquier elitista encubierto, las masas son para San Nicos todas aquellas personas no politizadas y de supuestamente fácil manipulación por parte de los cuadros bien disciplinados de los partidos que gozan de su simpatía: pero esto es algo que está latente y no manifiesto en su interpretación. Lo grave es que toda concepción del pueblo como «masa», aunque venga de un pretendido militante de izquierdas es irremediabilmente reaccionaria. A mayor abundamiento nuestro perspicaz althusseriano no considera muy esencial el estudio pormenorizado de la inmensa mayoría que vive en estas sociedades: las «clases populares» reciben la atención de veintidós páginas y las clases dominantes, aparte de las veintiocho dedicadas exclusivamente a ellas, reciben atención en todas y cada una de las páginas del libro. Lo curioso es que el pueblo (o la masa) como un *deus ex machina* aparece aquí

45. N. Poulantzas (1975), pp. 71, 93.

y allá, y se le exhorta a que no espere pasivamente la llegada del alba libertadora. Esto es muy bonito, pero desgraciadamente no encaja con las concepciones estructuralistas del autor, según las cuales la sociedad es concebida como un sistema de «supradeterminaciones» dominada en última instancia férreamente por el modo de producción, las formaciones sociales, y las «leyes de hierro» de la historia, y en donde no cabe voluntarismo alguno, ni entra en juego el fenómeno de la liberación del hombre por su propia mano contra la dominación y alienación en sus diversas formas concretas. La tensión entre voluntarismo y objetivismo no es específica de Poulantzas, sino que, como es sabido, es uno de los problemas básicos del pensamiento marxista desde hace largo tiempo.<sup>46</sup>

El desarrollo del modelo empleado por Poulantzas en la interpretación de la caída de las dictaduras mediterráneas parte de la coexistencia de dos núcleos de intereses, en apariencia contrapuestos, dentro de la burguesía. Se trata de la «burguesía compradora», y la «burguesía interior». La «burguesía compradora» sería un grupo con unas ligazones e intereses muy fuertes dentro y fuera del país; por supuesto en estrecha dependencia del imperialismo americano (y, por ende, de la CIA), y su función primordial sería la compra (venta, añadimos nosotros) de bienes y servicios en el exterior, en los primeros momentos del proceso de industrialización dependiente. Esta burguesía «compradora» es para Poulantzas el principal (aunque no el único) apoyo y justificación de las inconcretas (a nivel teórico, ya que no práctico) dictaduras militares. De forma paralela existe (coexiste) una llamada «burguesía interior», de aparición posterior a la «compradora». Por supuesto que esta burguesía interior también está (siempre según nuestro autor) en estrecha dependencia del capitalismo internacional (llámese CIA, imperialismo americano o CEE que, para Poulantzas, no es un rival, sino un mero apéndice del anterior). Esta «burguesía interior» estaría estrechamente ligada al desarrollo de una industria ligera autóctona y relativamente moderna; sin embargo, y a nivel conceptual, Poulantzas esclarece que «a pesar de ello no puede ser considerada como una verdadera burguesía nacional». Ignoramos por qué. Esta burguesía no apoyaría de una forma decidida la dictadura aunque, de hecho, se alimenta de ella; lo malo es que está (inexplicablemente) deseando perder esa protección y (aparte de ocupar el poder) poder negociar de igual a igual con sus colegas europeos (los gobiernos burgueses «normales») y, en mejores condiciones, con sus amos americanos: las corporaciones americanas y el gran capital.

Ambas burguesías, se nos dice, están en conflicto, como parte de las

46. El tema es tratado por A. Gouldner (1973) y T. Bottomore (1975).

«contradicciones internas» del sistema. Si la primera tiene más fuerza, la dictadura se mantiene. En el caso de que el poder económico se desplace hacia la segunda, o de que ésta se alíe con las «masas populares» (!), ambas controlarán el poder y acabarán con la dictadura mediante un proceso de «ruptura democrática». Hasta aquí, el modelo teórico (que no teoría) presentado de Poulantzas. Una cierta elegancia formal no le falta, y mucho menos una gran dosis de cartesianismo. Equilibrio entre dos burguesías; inclinación de la balanza de poder de una a otra; alianza con las masas populares; ruptura. Tiene todos los componentes formales requeridos. ¿Resistirá la comprobación empírica? Desdichadamente para nuestro autor, no. Y aquí está el gran fiasco.

El concepto de burguesía compradora y oligarca es fácilmente aplicable a países como Portugal donde, por el hecho de ser un imperio colonial hasta hace un año, las grandes fortunas se amasaban en, o a costa de, las colonias. El capital especulativo (nacional y exterior) se invertía en sacar productos de las colonias y en invertir la plusvalía en empresas europeas, y en importar bienes de consumo. En este sentido, gran parte de la oligarquía portuguesa sí era una oligarquía compradora, aunque es un gran error ignorar las poderosas clases latifundistas o los ricos grupos comerciales ligados al comercio del vino en el Valle del Duero.<sup>47</sup> Como también es una oligarquía compradora la griega, aunque por diferentes motivos (origen histórico de sus fanatistas o burguesía mercantil naviera del imperio otomano). Así, los primeros pasos del análisis poulantzista permiten —en cierta forma— su aplicación a los casos de Grecia y Portugal.<sup>48</sup> El problema está en que este concepto no es aplicable al caso español siguiendo el modelo poulantzista. En efecto, la burguesía (oligarquía) española respondió al modelo anterior durante todo el siglo XIX y la primera década del actual, con la liquidación de los restos de nuestro imperio colonial. Eran burguesía compradora los intereses existentes alrededor de Minas del Rif, Compañía de Tabacos de Filipinas, la Barcelona Traction o Explosivos de Riotinto, sólo para poner algunos ejemplos. Esta burguesía compradora fue creando una infraestructura industrial en Bilbao y Barcelona principalmente que, junto con el Sector Público, serán la base de la industria pesada española a partir de la autarquía. En el momento actual, los intereses de la oligarquía están muy ligados a la tenencia de la tierra (latifundios), industria pesada, construcción y obras públicas e inmobiliarias; estos sectores de la economía no se puede decir que se caractericen por su carácter comprador en el sentido poulantzista. Probablemente este sector

47. H. Martins (1971).

48. *Ibidem*.

constituya ahora una auténtica burguesía nacional (lo que no es, ni mucho menos, meliorativo). ¿Dónde está entonces la burguesía compradora en España? En el momento presente los intereses de las oligarquías españolas están tan diversificados (aunque concentrados en una única clase) que bajo ninguna circunstancia puede aislarse una «sección» compradora dentro de las clases dirigentes. Esta clase alta está más unificada que nunca, y sus fuertes lazos de antaño a intereses regionales parecen haberse debilitado. España posee ahora una clase alta muy unificada, a pesar de los múltiples pluralismos existentes en otros terrenos.

También hay un problema en el caso de la burguesía interior. Aparte de que no está claro su papel en el cambio de régimen, no hay una certeza absoluta de que exista en Portugal, ni mucho menos de que tuviera un papel decisivo en la liquidación del salazarismo. En el caso de España, se presenta además una paradoja. La llamada burguesía interior representaría los intereses ligados a la industria ligera y media, y por tanto a la clase media alta urbana. El problema consiste en que, en nuestro país, las industrias media y ligera son fuertemente dependientes del exterior en cuanto se refiere a tecnología e inversiones, con lo que sus dirigentes están muy ligados a los intereses de empresas multinacionales. La simple y verificable verdad es que, usando un lenguaje poulantzista, en España, la burguesía «compradora» es actualmente «interior», y la burguesía «interior» es exterior (o «compradora»). De esta forma es imposible aplicar el modelo de desarrollo dialéctico del conflicto entre las burguesías al caso español; a menos que se alteren los datos. Que es lo que hace nuestro autor. Suponemos que por falta de familiaridad con la realidad. Portugal y Grecia son —a nuestro juicio— otros casos no comparables en estos términos, a menos que se tergiverse la realidad (que es lo que se ha hecho) para adaptarla a un modelo teórico preconcebido.

En un capítulo clave del libro, dedicado a examinar el aparato del estado en las dictaduras mediterráneas, su autor parte de la siguiente premisa que él mismo subraya en toda su extensión: «...la imposibilidad de una evolución interna y la necesidad de una ruptura democrática no reducen en nada el papel de las contradicciones internas en el desencadenamiento del proceso mismo de esta ruptura».<sup>49</sup> Esta hipótesis nos parece altamente discutible: el régimen salazarista y el de los coroneles cayeron no por una supuesta contradicción interna (aunque las hubiera) ni por una hipotética necesidad de ruptura democrática, sino por la guerra colonial en el caso lusitano, y el aventurismo al que se lanzó Papadopoulos en Chipre, en el caso griego. Por lo que a España se refiere, hay fracciones

49. N. Poulantzas (1975), p. 108.

directamente implicadas en el poder —falangistas, ACN de P, Opus Dei y financieros— en cada momento. (Únicamente los altos cargos del Ejército han estado siempre vinculados a él). Tales grupos lo han hecho con sumo éxito desde hace cuatro décadas. Y no hay ley sociológica ni contradicciones internas que les impidan seguir haciéndolo durante otros cuarenta más. La dictadura de la burguesía no cesa nunca por «contradicciones internas del aparato de estado» sino bien por presiones externas, bien por movimientos de liberación originados en el mismo país contra el régimen. En resumen, la «necesidad de la ruptura democrática» —que existe, claro está— no es fruto del aparato estatal ni de sus fracciones coaligadas, sino de los elementos en lucha contra el sistema de opresión dictatorial.

Como señalábamos al principio de este comentario, para Poulantzas el gran error consiste en creer (como tantos otros sociólogos conservadores americanos) que la burguesía prefiere siempre el sistema de partidos y el juego parlamentario. Mas, su propia especulación sobre regímenes burgueses dictatoriales le obliga a contradecirse. Así, al enfrentarse con el aparato de estado descubre que aunque, según él, «los partidos son un medio privilegiado de organización política de la burguesía», no son el único;<sup>50</sup> y tras esta revelación tardía —de la que ya partía Marx, no a la que llegaba tras esfuerzos sin cuento—, Poulantzas afirma que cuando la burguesía no puede poner en juego sus partidos, se sirve del aparato del estado para que juegue su papel. Esto naturalmente tiene muy poco que ver con la realidad. Un examen mínimo del juego político dentro de los regímenes despóticos modernos, especialmente los capitalistas, descubre una lucha competitiva de facciones por los aparatos de estado. La política de facciones se basa en parte en una parcelación de poder administrativo entre diversos elementos de las clases dominantes —cuerpos profesionales, finanzas, Iglesia, altos cargos militares, etc.—, y consiste en una lucha sorda y permanente dentro del pluralismo restringido de esas mismas clases que van al copo de puestos de poder. Esa lucha «entre caballeros», que desemboca en la cúspide, en la intriga palaciega y de camarillas, se realiza de modo inevitable precisamente *fuera* de los aparatos de estado, ya que éstos están neutralizados y presentan una fachada de armonía y unanimidad: no son arena de lucha política. De ahí la vida anodina de organismos como las Cortes y la más anodina aún del Consejo Nacional y del Consejo del Reino. Si en estos cuerpos ha entrado alguna vida ha sido ante la presión de la lucha democrática contra el estado despótico, ya en la fase última del régimen, lo cual confirma lo que decimos.

50. N. Poulantzas (1975), p. 108.

*Algunas conclusiones finales*

A lo largo de las páginas anteriores no hemos presentado ningún resumen del contenido de los trabajos de Poulantzas, sino una selección de algunas categorías importantes que caracterizan su obra, varias de las cuales habían sido ya señalados por otros críticos. La nuestra no ha sido una crítica exhaustiva, de ningún modo, y ha evitado deliberadamente profundizar en algunos aspectos del althusserismo «sociológico», como sus coincidencias más que formales con el estructural-funcionalismo; por su verdadera indiferencia hacia la evidencia empírica cuando tal evidencia debería haber sido tenido en cuenta para verificar la teoría. Ya se han hecho referencias a estos temas, y por ello hemos preferido no repetir aquellos argumentos que ya han sido puestos de manifiesto por otros críticos.<sup>51</sup> Nuestra conclusión de que los esfuerzos de Poulantzas son sociológicamente estériles surge de los cinco puntos siguientes que son una consecuencia lógica de la discusión precedente:

1. Las relaciones causales tienden a ser ignoradas en la obra de Poulantzas o a ser objeto de referencia retórica. Describiendo todos los fenómenos sociales como determinados *en dernière instance* por la economía (es decir, por el beneficio capitalista) o como se nos dice vagamente, por «otras» variables independientes, existen pocas posibilidades de establecer pruebas empíricas de verificación.<sup>52</sup> Así, todas las concretas situaciones posibles están relacionadas, por efecto de su independencia mutua de la última causa —*causa essendi universalis*—, con la misma causa. (Las posibilidades de hacer sociología se desvanecen en un mundo de «supradeterminaciones» las cuales actuando desde fuera de cualquier marco de referencia posible introducen un sesgo en todas las relaciones.) Los esfuerzos de Poulantzas por evitar el reduccionismo postulando la autonomía relativa de cada instancia o institución son encomiables, aunque haciendo eso no pone a nuestra disposición ninguna teoría apropiada de causación social concreta. Sus esfuerzos en la dirección del no-reduccionismo —por ejemplo en su análisis del fascismo, donde intenta establecer las conexiones entre las

51. Remitimos al lector a los comentarios expresados en notas anteriores. Curiosamente la estrategia de Poulantzas cuando contesta a sus críticos es la de realizar una crítica de su propio trabajo en lugar de desarrollarlo. Así, cuando contesta a las críticas de Miliband alega que este último desarrolla un mero «empiricismo anglosajón». Cualquiera que sea el error de Miliband, su trabajo, como el de C. W. Mills o el de Percy Allum sobre Italia, deben ser juzgados a la luz de lo que dicen y no por su procedencia geográfica.

52. Admite que existan varios «supradeterminantes», pero no los cita.

nuevas clases medias, gran capital, y las «contradicciones» que entonces existían entre ideologías y desarrollo económico— son interesantes aunque ya son argumentos bien conocidos acerca del tema, incluso aunque ahora aparezcan mediatizados por el althusserismo.

2. Hay muchos sociólogos que piensan que la cuantificación y el cálculo constantes no son la mejor forma ni la más válida de avanzar en su disciplina. Pero ninguno negaría que la referencia sistemática a datos, información estadística y análisis crítico de documentos no sea sustancial. Igualmente importante es el uso de conceptos capaces de experimentar un grado mínimo de operacionalización. Con muy pequeñas excepciones —tal como su noción de pequeña burguesía— Poulantzas tiene una marcada tendencia a ignorar tales conceptos y tales datos, y a basar sus trabajos en un abuso de sus propios tipos ideales, sistemáticamente salpicados con la mención de proposiciones irrefutables, más allá de cualquier posible falsificación.

3. La excursión de Poulantzas al reino de las realidades concretas contemporáneas —su estudio de los regímenes mediterráneos— constituye un fracaso abismal. Su análisis en términos de un equilibrio mecanicista entre dos burguesías puede tener algún valor estético para sus seguidores, pero tiene poco que ver con los países estudiados. Aquí los datos parecen actuar contra la teoría preestablecida; en algunos lugares Poulantzas hace verdaderos esfuerzos para adaptar los primeros a la última, pero los datos, tozudamente, se rehusan. Entonces nuestro autor actúa como un creyente: como alguien dijo, si los datos están contra la teoría tanto peor para los datos.

4. Poulantzas sufre de un agudo prejuicio de armonía. Sus modelos y especulaciones son sistemas cerrados, poseídos por una implacable «lógica» interna, lo mismo que otros pensadores estructuralistas de otras ideologías. Sin embargo, su obra es en una forma superior a la de los demás: mientras que la visión de Parsons o Lévi-Strauss no tiene «villanos culpables», la de Poulantzas sí que los tiene, representados por el imperialismo americano y las burguesías subordinadas al mismo. Hay una grieta, sin embargo, en este elegante esquema, y es que los villanos no son responsables de su comportamiento, al estar «supradeterminados» por un sistema complicado de instancias altas y bajas y de toda suerte de aparatos de pavorosa faz.

5. La dependencia de las construcciones de Poulantzas respecto de la obra de Althusser es completa. La de Althusser es bastante superior, aunque la de Poulantzas muestra una gran industriiosidad e ingenio. Podría muy bien ocurrir que fuera posible una «traslación» de la doctrina althusseriana a la sociología —aunque estamos inclinados a creer que esa tarea

no es posible. Lo que está muy claro es que en ningún caso sería Nicos Poulantzas el encargado de llevarla a efecto.

### *Nota provisional sobre el althusserismo sociológico en España*

Notará el lector que en este ensayo nos hemos abstenido de todo comentario sobre la recepción en España de las doctrinas examinadas, haciendo mención sólo a estudios críticos surgidos en el extranjero. Ello no obstante, al escribirlo hemos tenido muy presente el eco considerable que tanto Althusser como Poulantzas han encontrado en algunos círculos españoles. (Ello explica la presencia del primero en nuestro país, casi en olor de multitud, o la temática desarrollada en la Semana de Sociología que se ha celebrado en el mes de mayo en Madrid). Esperamos, en un futuro más o menos inmediato, tener ocasión de elaborar un análisis de la recepción y la receptividad hispana a las ideas aquí examinadas. Absteniéndonos de citar las conocidas ediciones castellanas (y alguna catalana) de las obras de Poulantzas y Althusser, y la muy reeditada presentación en forma de catecismo de la visión de este último por la malograda Marta Harnecker, nos limitaremos aquí a señalar algunas de las obras significativas que caerían dentro del tal proyectado análisis. Existe una breve introducción muy favorable a Althusser y Poulantzas, que describe esquemáticamente alguna de sus ideas en el prólogo de J. Solé-Tura a la selección por él realizada de escritos de Poulantzas (*Sobre el estado capitalista*, Barcelona: Laia, 1974), e invocaciones a su autoridad en otras publicaciones de este mismo autor. Otra interpretación favorable a la obra de Poulantzas es la de J. Borja en su prólogo a una colección de artículos de varios autores (*Las clases sociales en la sociedad capitalista avanzada*, Barcelona: Península, reedición de 1976). El estudio de I. Fernández de Castro y A. Goytre (*Las clases sociales en España en el umbral de los años 70*, Madrid: Siglo XXI, 1974) afirma basarse (p. 14) en el análisis de Poulantzas sobre las clases sociales, aunque no se nos digan las razones de tal decisión. El libro de M. Castells y E. de Ipola *Metodología y epistemología de las Ciencias Sociales* (Madrid: Ayuso, 1976) está estrechamente ligado a las concepciones de Althusser y Poulantzas, como lo están otros varios escritos del primero de estos autores. Finalmente, la tesis doctoral de S. Vilar (*Dictature militaire et fascisme en Espagne*, Universidad de París 1974), que es de esperar sea pronto publicada, está relacionada también con las concepciones de Nicos Poulantzas. Aparte de la publicación de varias críticas foráneas a Althusser (la de Pierre Vilar, o la de E. Mandel y varios marxistas de la línea trotskista) existen objeciones bien formuladas contra Poulantzas en

«Papers»: Revista de Sociología

el libro de Eduardo Fioravanti *El capital monopolista internacional* (Barcelona: Península, 1976), y un ataque interesante —en el que se acusa a Poulantzas de no ser marxista— en el *Anti-Poulantzas* de J. Pérez Royo (Universidad de Sevilla, sin fecha).

SALVADOR GINER  
JUAN SALCEDO

Department of Sociology  
University of Lancaster  
Bailrigg, Lancaster LA1 4YL  
Inglaterra

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Althusser, L.  
1965 *Pour Marx*, París: Maspéro.
- Althusser, L. and Balibar, E.  
1966 *Lire le Capital*, París: Maspéro.
- Althusser, L.  
1971 *Lenin and Philosophy and Other Essays*, Londres: NLB.
- Althusser, L.  
1973 *Réponse à John Lewis*, París: Maspéro.
- Aron, R.  
1969 *D'une Sainte Famille à l'autre; essais sur les marxismes imaginaires*, París: NRF - Gallimard.
- Callinicos, A.  
1976 *Althusser's Marxism*, Londres: Camelot Press.
- Claudin, F.  
1972 *La crise du mouvement communiste: du Komintern au Kominform*, París: Maspéro.
- Geras, N.  
1972 «Althusser's Marxism: An Account and Assessment», in *New Left Review*, núm. 71, enero-febrero 1972, pp. 57-86.
- Giner, S.  
1974 *El progreso de la conciencia sociológica*, Barcelona: Península.
- Glucksmann, A.  
1972 «A Ventriloquist Structuralism», in *New Left Review*, núm. 72, marzo-abril 1972, pp. 68-92.
- Gouldner, A.  
1973 «The Two Marxisms» *For Sociology*, Nueva York: Basic Books, pp. 444 y ss.

Karsz, S.

1974 *Théorie et politique: Louis Althusser; avec quatre textes inédits de L. Althusser.*

Kolakowski, L.

1971 «Althusser's Marx» *The Socialist Register*, Londres: Merlin Press.

Laclau, E.

1975 «The Specificity of the Political: Around the Poulantzas-Miliband Debate», in *Economy and Society*, vol. 5, núm. 1, febrero 1975.

Miliband, R.

1969 *The State in Capitalist Society*, London: Weidenfeld and Nicholson.

Poulantzas, N.

1968 *Pouvoir politique et classes sociales*, París: Maspéro.

Poulantzas, N.

1970 *Fascisme et dictature*, París: Maspéro.

Poulantzas, N.

1974 *Les classes sociales dans le capitalisme d'aujourd'hui*, París: Maspéro.

Poulantzas, N.

1975 *La crise des dictatures: Portugal, Grece, Espagne*, París: Maspéro.

Poulantzas, N.

1976 «Controversy Over the State», in *New Left Review*, núm. 95, enero-febrero 1976, pp. 63-83.

Sevilla, E. y Giner, S.

1975 «Absolutismo despótico y dominación de clase: El caso de España». *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, núm. 43/45, pp. 83-104.

Sole-Tura, J.

1974 «Introducción a la obra de Nicos Poulantzas», en N.P. *Sobre el estado capitalista*, Barcelona: Laia, pp. 5-25.

Sotelo, I.

1976 *Del Leninismo al Stalinismo: Modificaciones del marxismo en un medio subdesarrollado*, Madrid: Tecnos.

Urry, J. y Wakeford, J.

1973 *Power in Britain*, London: HEB.

Varios Autores

1968 *Dialectique marxiste et pensée structurale*, París: C.C.E.S.

Varios Autores

1974 *Contre Althusser*, París: U.G.E., 1974.

Vilar, P.

1973 *Histoire marxiste, histoire en construction*, París: Annales.